JOSÉ FRANCÉS

Más allá del honor



COMEDIA DRAMÁTICA EN UN ACTO.



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
—
1908

MÁS ALLÁ DEL HONOR

MAS ALLÁ DEL HONOR

COMEDIA DRAMÁTICA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOSÉ FRANCÉS

Estrenada con gran éxito en el IDEAL POLÍSTILO el 20 de Octubre de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

—

1908

A Rosario Acosta

Pensando en su gentileza, en su exquisita femininidad, fué escrita esta obra; luego, cuando usted la hizo triunfar con tan apasionado talento, comprendí hasta qué punto se había usted apoderado de ella. Por eso, al ofrecérsela ahora en homenaje de gratitud y de cariño, cumplo una gustosa restitución.

José Francés.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALINA............................	Rosario Acosta.
EDUARDO..........................	Enrique Piquer.
PEDRO............................	Manuel Santamaría.
MARICHU..........................	Matilde Llopis.
GINIO............................	Nicolás Perchicot.

ACTO UNICO

La escena representa el piso bajo de una casa de recreo en una aldea asturiana. Al fondo, una gran puerta redonda, por la cual, y suponiéndose dos ó tres escalones para subir á la casa, se ve el campo y la parte alta de una verja. Dos ventanales con estores crema á ambos lados de la puerta. A último término izquierda una escalera practicable que se supone comunica con las habitaciones altas y que termina en la puerta bien visible para el espectador. Puertas á derecha é izquierda. Muebles cómodos y amplios: sillas tendidas, de lona; una mesa ancha y cuadrada en el centro; un butacón de cuero. Sobre la mesa una lámpara de luz eléctrica y un gran ramo de madreselvas y de camelias.

A telón corrido una voz de hombre canta lentamente, muy lentamente:

En toda la Quintana
ya no hay quien baile,
que ha muerto la zagala
mejor del valle...

Han de causar estos cuatro versos una gran emoción de paz y de lejanía; toda esa emoción de los cantos asturianos que suenan en el crepúsculo, siempre aislados y siempre lánguidos. Antes de terminar el último verso, el telón se alzará lentamente.

ESCENA PRIMERA

MARICHU y después GINIO

Es de noche y á obscuras la habitación. Desde el supuesto jardín entra suave y tibia la luz de la luna. Durante unos momentos habrá gran silencio. En el aire parece flotar aún el último verso de la canción lejana

MAR. (Que estará de espaldas al espectador. Apoyada en el marco de la puerta de entrada, canta á media voz, acompañándose con el pie sobre el suelo:)

La casa del señor cura
nunca la ví como ahora;
ventana sobre ventana
y el corredor á la moda,
ventana sobre ventana
y el corredor á la moda...

GINIO (Que ha entrado de puntillas sonriendo ante su mala idea, y llevando en la mano una bandeja con un infiernillo de alcohol, una cafetera, vasos, azúcar, etcétera. Llega hasta Marichu antes de que repita los últimos versos y ahoga el final de la canción gritando al oída de la moza:) ¡Ixuxúu! (Corre hacia la escalera)

MAR. (Da un grito de susto y corre detrás de Ginio, golpeándole en la espalda.) ¡Toma, borricón, toma! Non mereces tú el susto que me has dado. (Ginio sube riendo las escaleras, volviendo de cuando en cuando la cabeza. Entra al piso de arriba. Marichu vuelve á recostarse en la puerta.—Pausa.—Cantando nuevamente.)

Pícaro molinero,
¿qué la dixiste
á la molinerita
qu'está tan triste?
¡Cómo nieva!
Cómo graniza!
¡Cómo repiquetea
en la botica!...

GINIO (Baja la escalera con las manos vacías y riendo aún.) ¡Ju! ¡jú! Buen susto.

MAR. (Volviéndose risueña, aunque fingiendo enfado.) ¡Anda day! Burro, más que burro!... ¿Subiste el café?

GINIO ¿No lo viste? Y por poco lo tiras... ¿Sabes que tienes la mano dura... (Rascándose en un hombro, va hasta la puerta y baja algunos escalones.) ¿Qué? ¿Vienen ya? (Miran los dos hacia la izquierda.)

MAR. Aun no. Lo menos media hora sí que la tardan... De Fresnedo acá hayla muy cumplida.

GINIO Puen acortar por Raíces... Toñín se sabe de memoria el camino y esta noche fae luna... (Mirando á Marichu con intención.) Buena noche, ¿verdá? Como aquella de la romería á San Pelayu de Noreña... ¿t'acuerdas?... El mes que viene hará cuatro. (Sube á la habitación y empieza á liar tranquilamente un cigarro. Marichu se sienta en una de las sillas largas.) ¡Coime!... ¡Y cómo te gustaba Pepón de la Colasa!...

MAR. (Sonriendo.) ¡Bobín! Non ye Pepón el mí tipo. Mi tipo...

GINIO ¿Soilo yo, verdad?

MAR. Tampoco. Ye más reciu que tú... (Recordando de pronto.) ¡Ah! ¿Limpiaste la escopeta?

GINIO (Mal humorado.) Luego la limpiaré... Después de todo... ¡pa lo que va á usarla ahora!...

MAR. (Sonriendo.) Tienes razón... Ahora, con la señorita...

GINIO (Interrumpiéndola.) Madrugará menos. ¡Ju! ¡ju!

MAR. ¡Qué bobu eres, Ginio!...

GINIO ¿Por qué? ¡Bah! Eso lo faen todus... Mira, ahí tienes á Colás, el de Murviedo... Se levantaba dos horas antes que el día y siempre tenía arreglada la barca cuando llegaban los otros.. Pero, dende que casóse, lo menos ha perdido diez salidas á la mar.. ¡Como que el matrimoniu ye come las mañanitas de Abril... ¡Ju! ¡ju! (Marichu se echa á reir.—Pausa.) Oye: ¿y ye tan guapina como dicen la señorita? En el retrato que tiene el señorito Eduardo sobre su mesa ye... va-

mos, ye... algo alfeñique, vamos... y con un aquel de ser dominanta... ¡digo yo!

MAR. ¡Claro! A tí no te gustan más que les mozones... Pues has de saber que la señorita Alina, como guapa, yelu de verdad... Lo que sí me parece ye que no le quiere mucho al señorito Eduardo.

GINIO (Curioso.) ¿Sí? ¿Y en qué lo conociste?

MAR. (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué sé yo!... ¡Coses!... A veces, nosotres les muyeres, contra más fiestas l'hacemos á un hombre ye que le queremos menos...

GINIO ¡Ju! ¡ju! Entonces á mí me debes de querer una barbaridá... (Transición.) ¡Así sois de perras! ¡Fátuas, más que fatuas! ¡Conmigo había de dar y no con el señorito Eduardo!... ¡Tan bueno!... Y que el probín no lleva trazas de curase. Pa mí que está tísicu.

MAR. Tísicu, no; pero yo no sé qué de la cabeza. Los médicos mandáronle aquí á descansar, á que no trabayase... ¡ya ves qué caso fael... Noche hay que no se acuesta entre lo que escribe y luego salir de caza...

GINIO (Con aire de suficiencia.) Bueno; pero eso no es trabayar... y eso que alguno de los librotes que tiene en el despachu sí que deben doler la cabeza... ¡Madre! Lo menos están escritos en alemán, como el que habla don Guillermo, el de las minas.

MAR. (Bajando la voz.) Además, que no se debe llevar muy bien con la madre de la señorita... Ya ves: ha dejado marchar sola á la señorita, y eso que según dicen estaba muy mala la probina señora...

GINIO Pero ya debe estar buena... Cuando vuelve la señorita... (Pausa.)

MAR. (Dando un salto.) ¡Ya están ahí!

GINIO ¡Coime! ¡Qué oído tienes! (Corre hasta la puerta.) Pues sí que es verdad... (Baja los escalones y desaparece. Marichu le sigue. Queda un momento sola la escena.)

ESCENA II

ALINA, EDUARDO, MARICHU y GINIO

Se oyen dentro las voces de unos y otros saludándose alegremente

MAR. (Dentro.) ¿Cómo está la señorita?

ALINA (Idem.) Bien, Marichu, bien... ¿Y por aquí?

MAR. (Idem.) Ya vé: marchando...

EDU. (Idem.) Vamos, vamos: arriba, arriba. Coge esa maleta, Ginio.

(Van apareciendo en la puerta. Primero Ginio, con una maleta y dos sombrereras de cartón. Luego Eduardo, con la manta de viaje y la sombrilla. Detrás Alina, y por último Marichu con un gran ramo de claveles rojos.)

MAR. Viene más gorda y más guapa la señorita, ¿verdá, señorito?

EDU. (Es alto y pálido. Usa barba negra y picuda, y al andar se inclina levemente hacia delante. Viste de claro, y camisa de cuello vuelto, bajo, con chalina blanca. Sonriendo.) Verdad.

ALINA (Empieza á quitarse el sombrero. Es una mujer morena y delgada. Debajo de las negras pupilas tiene cercos de insonnio. Viste con elegantísima sencillez, y durante estas primeras frases hablará distraída como en sueños, sonriendo á todo.) ¡Esta Marichu!... Siempre tan buena... (Marichu la ayuda á quitarse el abrigo de viaje y la trae un espejo para que se mire el peinado.)

EDU. (Dejándose caer en el butacón.) Sí que te quiere, sí. Durante estos tres meses—tres meses, muchacha, ¡un horror!—no ha cesado de recordarte.

ALINA (Dando dos palmaditas en la cara á Marichu.) ¡Tonta!... ¡Ah! Mira: pon esos claveles en agua.

MAR. (Cogiendo el ramo apresuradamente.) Aquí, con estas camelias.

ALINA ¿A ver? ¡Ay, qué lindas! Y cómo huelen á campo, á tranquilidad...

EDU. Son mi saludo; un saludo silvestre y senci-

llote. Mira, mira qué bien hacen tus claveles entre mis camelias y mi madreselva. (Alina se turba un poco. El, entusiasmado con sus palabras, no lo nota.) Todo un símbolo. Has traído sangre y fuego á incendiar mi nieve. Aquí te esperaba una patriarcal blancura; tú has traído una impetuosidad roja... ¡Mil gracias, señora mensajera del sol!... (La coge de las manos)

GINIO (Que ha estado mirando curioso y embobado. A Marichu en voz baja.) Vámonos, Marichu.

EDU. (Echándose á reir.) No, hombre, no os vayais. Antes, Alina, tengo que presentarte al ínclito Ginio. (Ginio se ruboriza y pretende ocultarse. Alina le mira sonriente, repuesta ya de su sobresalto) Míralo. Tallado en hércules. Bonachón y honrado hasta la estupidez. Lo arranqué de las minas cuando las minas empezaban á matarle. Además, maneja el garrote como su padre Farnesio la maza, sabe tañer la gaita, bailar la giraldilla... y hacer el amor á Marichu.

MAR. / GINIO } (A un tiempo, ruborosos y azorados.) Señorito ..

EDU. (Siempre cómicamente, solemne.) Por supuesto, que en cuanto me enteré del idilio lo mandé á dormir arriba, junto al granero, pared por medio de las palomas...

GINIO (Riendo.) ¡Y que las condenadas arman unos jaleos!... Antes de que amanezcan ya están: *buru, buru, buru, buruburr.* (Imitando el arrullo de las palomas.) Más de una noche quitáronme el sueño.

EDU. (Riendo.) Lo creo. ¡El suplicio de Tántalo! (Volviéndose hacia Marichu.) ¿Y tú? Tú no tienes palomas que te den envidia... Lo malo es que duermes cerca de nosotros...

ALINA (Interrumpiéndole) ¡Hombre!...

EDU. (Aparte, casi al oído.) Tú tienes la culpa. ¿Qué quieres? Has paganizado esta casa con tu llegada. Esos claveles, ese perfume, toda tu gracia cortesana llenando esta paz campesina, esta quietud de pleno idealismo...

ALINA (Agradecida en el fondo, pero resistiéndose aun á la

bondadosa alegría que va envolviendo la escena.) Bien, bien... pero ya sabes la malicia de esta gente...

GINIO (Que ha estado conteniendo la risa y sin poderla reprimir más tiempo.) ¡Ju, ju!...

ALINA (Volviéndose bruscamente.) ¿Qué es eso? ¿De qué se ríe usted?

MAR. (Cada vez más azorada, queriendo desviar la conversación.) Este rapaz ye bobu ó faise. No le haga caso la señorita. (A Ginio.) Entra esa maleta y esas sombrereras, hom... Ahí, al cuarto de la señorita... (Ginio obedece y entra primera puerta izquierda con la maleta y las sombrereras. Lúego atraviesa la escena y desaparece por el extremo opuesto.) Y, diga, diga, ¿la señora quedó bien?

(Rápidamente desaparece la bondadosa alegría. Eduardo frunce el entrecejo y empieza á pasear.)

ALINA (Dejándose caer en una silla. Secamente.) Sí, quedó bien. Gracias, Marichu.

EDU. Es verdad... Con la emoción del primer momento, me había olvidado... ¿Tu madre?...

ALINA No es extraño. Ya lo has oído... Afortunadamente quedó muy aliviada. La pobre ha pasado muy malos días. Su mal, sus verdaderos dolores, son de muy dentro del corazón.

EDU. (Irónico.) Sí; tu madre es excesivamente cardiaca... siempre te lo dije.

ALINA (Mirándole fijamente.) Más vale así. Con eso no padecerá nunca por exceso de pensar, como tú.

(Pausa, un poco molesta. Eduardo pasea en silencio. Alina ha cogido un periódico de encima de la mesa y lo hojea distraída.)

MAR. (Comprendiendo que estorba.) La señorita querrá tomar algo... El señorito dijo que quizás comería en el tren.

EDU. (Parándose frente á ella.) Sí; dije que hicieran chocolate, ¿no te parece?

ALINA Sí, sí... Lo que quieras. No tengo gana... Pero aun es temprano... (A Marichu.) Puedes ir haciéndolo... y nosotros lo pediremos.

MAR. Bueno, pues... (No sabiendo cómo despedirse.) ea,

me alegro que haya venido tan buena la señorita.

ALINA (Volviendo la cabeza para sonreirla.) Gracias, Marichu, gracias. (Sale Marichu.)

ESCENA III

ALINA y EDUARDO

Hay una larga pausa. Alina, tumbada en la silla, deja vagar la mirada por el techo. Eduardo, recostado en uno de los ventanales, ha encendido la pipa y mira hacia el jardín

ALINA (Sin volverse ni bajar la vista del techo.) Es mucho empeño el tuyo de odiar á mi madre. Llegas á resultar ridículo, como un yerno de juguete cómico.

EDU. (Avanzando hasta ella. Triste.) No, Alina. Bien sabes que no es así. No pocas veces hemos hablado de ello; lo hemos discutido, he razonado este dolor mío de que seas hija de quien eres hija, para que ahora, cuando nuestras dos alegrías—la tuya por verla curada á fuerza de tus cuidados, la mía por recobrarte nuevamente—cuando nuestras dos alegrías, repito, se encuentran, las entristezcamos volviendo á discutir.

ALINA (Encogiéndose de hombros.) ¿Discutir? Tampoco yo quiero eso. Estoy ya cansada. Es, sencillamente, que me extraña la contradicción que hay entre el escritor y el hombre. Aquel, audaz, impulsivo, creador de una moral nueva, muy del siglo veinte, procurando inculcar en los demás el desprecio á la moral antigua, por rancia y por malsana... Y el hombre, ¡oh! el hombre, en cuanto deja la pluma y vuelve á la vida, es tan rutinario, tan esclavo de las conveniencias, tan intransigente, como uno de esos pobres polichinelas que pone en sus libros para que sirvan de contraste á otras figuras.

EDU. (Amargamente.) ¡Y que seas tú, Alina, quien

me diga semejantes cosas!... Bien reciente y clara tienes la prueba. ¿Crees que otro marido, ese marido que acabas de pintar, intransigente, rutinario, vulgarote, te hubiese consentido ir al lado de tu madre, y te habría dejado estar junto á ella tres meses, conociendo su modo de vivir, su vida de escándalo?... Esa vida que ella misma se ha forjado sobre el dolor y el abandono de tu padre...

ALINA (Irónica.) ¡Magnífico! Casi tan bien hilvanado el párrafo como el de un artículo. (Transición.) Mi madre, Eduardo, tiene derecho á...

EDU. (Interrumpiéndola.) Sí, ya lo sé. No insistas; tiene derecho á vivir como quiera, ¿no es eso? Pues yo también tengo derecho á mi felicidad, á tu felicidad...

ALINA (Levantándose de pronto.) ¿Desconfianzas ahora?

EDU. (Asombrado.) ¿Desconfianza? (La mira fijamente. Ella baja los párpados.) ¿Quién piensa en semejante cosa? Si acaso—y conste que hablo nada más que en suposición,—si acaso he cometido alguna falta, es de todo lo contrario, de exceso de confianza precisamente. Yo sé que me eres lo suficiente leal, sé que tienes la necesaria fuerza de voluntad, sé que te preserva de tal modo mi cariño, que la compañía de tu madre no puede perjudicarnos. Tal vez por demasiada frialdad de temperamento; quizás por la absoluta impudicia de tu madre, para no ocultarte nada desde muy niña, es lo cierto que tú no cambiarás nunca, nunca, este amor nuestro, esta felicidad, tan pequeña, pero tan feliz, por la curiosidad de otras felicidades... ¿Verdad que no? (Ella no contesta.) ¿Verdad que no?... (Brusco.) ¡Contesta!

ALINA (Con voz muy tenue.) ¡Claro que no! (Reponiéndose poco á poco.) ¡Qué locuras piensas! ¡Yo sé agradecerte esa confianza en mí! (Eduardo enciende la luz de la lámpara. Alina cierra bruscamente los ojos.) ¿Qué haces? ¿Por qué enciendes?

EDU. (Apasionado.) Quería verte la cara, mirarte á

los ojos... (Retrocediendo un poco.) ¡Qué pálida estás! ¿Te sientes mal? ¿Qué tienes?

ALINA (Procurando sonreir.) ¿Pálida?... ¡No sé! El viaje... Esta luz ¡La luz eléctrica siempre le hace á uno más pálido! ¿Por qué has encendido?... Esta noche la luna es muy clara y da gusto estar así... Adivinándonos... Apaga. (Eduardo obedece, y al pasar detrás de ella, á tiempo de apagar la luz, la besa en la nuca. Ella se estremece.) ¡Ay!¡ Oh, qué tontería!

EDU. (Riendo.) Ya te lo habían advertido mis cartas. Todas ellas eran como unos pajecillos que llevaran sobre el pecho mi escudo de armas: abrazo de oro en campo de besos... (Alina se levanta y enciende la luz. Luego va hacia la puerta de entrada.) ¡Calla! ¿Ahora eres tú quien enciende? ¡Serás tonta, chiquilla! ¡Y yo que empezaba á sentirme inspirado, que estaba dispuesto á decir no sé cuantas majaderías á la luna. (Cantando.)

Bon soir madam la lune.

(Cogiendo á Alina de la cintura y queriendo valsar con ella.)

ALINA (Desasiéndose, riendo á pesar suyo.) ¡Pero hombre! ¿Te has vuelto loco? ¡Déjame! ¡Estoy cansada! ¡Ese viaje tan largo! Y sin embargo no tengo sueño... pero me duele la cabeza...

EDU. (Intranquilo.) A ver las manos. (Las besa.) ¡Bah! no tienes fiebre. Será debilidad. (Llamando.) ¡¡Marichu!! ¡Marichu! Ese chocolate... (Yendo hacia una de las puertas de la derecha.) ¡¡Marichu!!

MAR. (Dentro.) ¡Señorito!

EDU. El chocolate, mujer.

MAR. (Dentro.) Ahora mismo va.

EDU. (Volviéndose hacia su mujer.) ¿Ves? Ahora soy el amo de la casa, el que dispone. No creas, hasta le tomo la cuenta á Marichu algunas noches. (Alina le mira sonriente, recobrándose de su antigua zozobra, hallando en su marido un encanto nuevo.) Lo malo es que siempre me sobra dinero. Casi me dan ganas de decirle á Marichu: «Pero ríñeme, ¿no ves que te estoy sisando?»

ALINA (Riendo.) Eso es que no sabes sumar.

EDU. (Muy satisfecho) Claro que es eso. ¿No te acuerdas el primer aniversario de nuestra boda que me propuse darte trescientos sesenta y cinco besos, uno por cada día del año, y resultaba que siempre perdía la cuenta y tenía que volver á empezar?

ALINA (Arrastrada por la añoranza.) Sí... Lo recuerdo, y recuerdo también que aquellos besos me cegaron, me aturdieron de tal manera, en tal embriaguez de cariño, que tuve que retroceder hasta la niñez para encontrar un día tan feliz como aquel. (Mimosa y triste.) ¿Por qué no seguiste siendo siempre el mismo? ¡Me era tan dulce, tan dulce, olvidar todo en la urna de cristal y de oro que me formó tu cariño!... La vida de los demás, lo ajeno á nosotros, llegaba á mí como palabras de sueño, como paisaje de niebla, como una canción lejana de la que sólo nos importa la música... (Exaltándose poco á poco.) Esta noche me parece que te recobro; no sé si porque vuelvo yo tí, ó porque tú vuelves á mí; pero el caso es que nos encontramos de nuevo, como si empezáramos á vivir otra vez..

EDU. (Recostando la cabeza de ella contra su pecho.) Tontina... Romántica.

ALINA Llámame como quieras... Romántica, sensiblera, boba... Sí; todo eso y mucho más soy; pero es que necesito mucho cariño, que me quieras mucho, Eduardo mío, (Bajando la voz é inclinando la cabeza sobre el pecho.) que me defiendas contra mí misma...

EDU. ¿Defenderte contra tí misma?... ¡Qué cosas tan extrañas dices esta noche. (Levantándole bruscamente la cabeza, para mirarla cara á cara.) Será que...

ALINA (Interrumpiéndole ansiosamente.) ¿Qué?

EDU. (Melancólico, temiendo oirse á sí mismo.) Que empieces á no quererme.

ALINA (Rápida. Con acento de profunda sinceridad.) ¡Oh! no. Todo lo contrario. Nunca, nunca fuí tan tuya como ahora. (Eduardo va á besarla, y al mismo tiempo entra Marichu con el servicio de choco-

late, y al ver la actitud de sus amos, quiere retroceder. En su aturdimiento deja caer una de las cucharillas. Eduardo y Alina se separan bruscamente.)

ESCENA IV

ALINA, EDUARDO y MARICHU

EDU. ¿Eh? ¡Ah! ¿Eres tú?... (Se echa á reir.) Deja, deja... yo las cogeré (Coge las cucharillas.) Ayúdame, Alina; pondremos la mesa aquí, más cerca de la puerta... que nos llegue la luz de la luna. (Corren la mesa, y luego Marichu va colocando las dos tazas de chocolate, los bollos, un trozo de borona, dos basos de leche. Se sientan. Dentro, suena lejana una voz de hombre cantando una canción que se apaga poco á poco.) ¡Magnífico! Vuelves á comer y á beber este pan y esta leche tan distintos de los de Madrid. Mira: boroña. ¿Te acuerdas que al principio me decían que era indigesta? Pues ahora no como otra cosa. Me voy haciendo aldeano! (Marichu, de pie, cruzados los brazos, sonríe silenciosa.)

ALINA (Mojando el pan en el chocolate.) ¡Qué bien! (A Marichu.) ¿Sabes que está muy bueno este chocolate? ¡Cuántas veces me he acordado do tí! Aquellas criadas...

MAR. (Orgullosa.) Malas, ¿verdá usté?

ALINA Imposibles...

EDU. Pues esta, ya ves. (A Marichu.) ¿Y Ginio?

MAR. Limpiando la escopeta, por si el señorito...

EDU. (Riendo.) Dile que no hace falta... Ahora en unas cuantas noches y en unas cuantas mañanas, reposarán los libros y descansará la escopeta. (Marichu sale primera puerta derecha.)

ESCENA V

ALINA y EDUARDO

ALINA ¡Ah! Es verdad que me hablabas en tus cartas de esas excursiones; cuenta, cuéntame.

EDU. Ya soy un tirador excelente, y no como el bueno de don Secundino, el médico, que el otro día por poco si mata el perro... ¡Si vieras! Soy otro completamente. ¡Estoy ágil, fuerte, con una alegría y una fuerza desconocidas. Aquel pesimismo de la ciudad se ha transformado en un optimismo entusiasta, locuaz, casi infantil... Ya lo notarías en mis últimas cartas, ¿verdad que parecían escritas con luz de amanecer?

ALINA ¡Y me causaban una tristeza tan honda!...

EDU. (Asombrado.) ¿Tristeza?

ALINA (Queriendo corregir su indiscreción.) Tristeza de estar lejos; de no vivir tu vida, de no poder descansar en tu pecho como antes. Luego: esa luz de amanecer que tú dices, era tan débil, tan débil, en aquella negrura... Tú no sabes. La casa de mi madre es un vértigo.

EDU. Lo sé, Alina, lo sé. Por eso yo quería verter en mis cartas toda mi alegría, toda la renacida pasión que me iba engalanando el alma para que tú la hallases vestida de fiesta cuando volvieras... (Acercándose á ella; hablándola casi al oído.) ¡Y tenía unos celos!...

ALINA (Estremeciéndose.) ¡Celos! ¿de quién?

EDU. ¡Qué sé yo! De nada preciso y concreto; de cuanto te rodeaba. La casa de tu madre me parecía un jardín de flores perversas y adormecedoras; por eso te escribía diariamente, procurando aguerrirte, darte fuerzas, unas fuerzas que quizás no necesitaba tu bondad y tu cariño. (Alina deja caer la cabeza sobre el pecho. Pausa.) ¿No contestas?

ALINA (De pronto; echándole los brazos al cuello.) Oye: ¿quieres leerme alguna de esas cartas? Todavía es temprano... Me gustará oir de tus labios tanta belleza como me has escrito. Las tengo en el neceser, con las joyas. Debe estar en ese cuarto. (Eduardo entra apresuradamente á la primera puerta izquierda. Alina queda un momento sola.)

EDU. (Dentro.) No está... (Sale.) Lo habrás dejado aquí fuera... (Buscan por la habitación.) Tampoco.

ALINA Es raro... Voy á preguntar á Marichu.

EDU. (Ya inquieto.) ¡¡Marichu!!... Lo habrás dejado en el coche. (A Alina.) Y eso que no; porque yo bajé el último y miré todo... Si acaso en el tren... Eso sería lo peor... (Entra Marichu.)

ESCENA VI

ALINA, EDUARDO y MARICHU

ALINA (A Marichu.) ¿No te dí yo al bajar del coche mi neceser?

MAR. ¿El qué?

ALINA La bolsita esa mía, de viaje; una pequeña, forrada de dril oscuro...

MAR. (Denegando con la cabeza,) No, señorita... La señorita no traía más que la maleta y las dos sombrereras. Estoy segura...

ALINA (Muy inquieta.) ¡Dios mío! Entonces la he perdido. ¡Nada! la he perdido... Quedó en el vagón.

EDU. ¿La cogería aquel viajero, alto de bigote rubio, que venía contigo y que te entregó el ramo de claveles al ver que se te olvidaba?

ALINA (Se estremece; muy turbada.) ¿Quién? ¿El? ¿Aquel caballero? No creo... no creo... ¿y no habría medio de... Podrías escribir ahora mismo al jefe de estación, para que telegrafiase á toda la línea... Ginio llevará la carta.

EDU. Sí; podemos hacer eso. Le detallaré bien lo que va dentro. ¿Traes algo nuevo?

ALINA No sé... alguna chuchería: dos frascos de azurea, un abanico... pero lo de siempre, los tres estuches rojos y el joyero de plata... ¡Ah! y el paquete de tus cartas. Van envueltas en un periódico.

EDU. (Dolido.) ¡Por Dios, Alina! ¡En un periódico!...

ALINA Perdóname... Anda, no perdamos tiempo.

EDU. Bien, bien. Lo principal es que no se hayan quedado con ello. Voy á escribir ahora mismo, y aprovecharé para poner dos letras al editor. Es urgente y de otro modo no recibiría la carta hasta mañana. (Sube las escaleras y entra en el piso alto.)

ESCENA VII

ALINA y MARICHU

Mar. ¡Madre! Mire que si no parece... (Suena fuera, débil, una campanilla.) ¡Uy! ¿Llamaron?

Alina Mirándola muy asombrada.) Sí; han llamado; ¿quién será á estas horas?

Mar. (Yendo hasta la puerta de entrada y mirando hacia el jardín.) Hay un hombre en la puerta de la verja. ¿Abro?

Alina Sí... Abre... (Llevándose la mano al corazón.) ¡Dios mío! (Sale Marichu. Alina espera ansiosamente.)

ESCENA VIII

ALINA, MARICHU y PEDRO

Entra Marichu seguida de Pedro. Este es un mozo alto y rubio, con grandes bigotes á la borgoñona. Viste elegantemente y tiene en todo el sello de un hombre muy hecho á vicios y aventuras de muchos géneros Sobre el brazo izquierdo, tapando la mano, lleva el pardesú de viaje

Mar. Este señor que quería...

Alina (Estupefacta; en el colmo del asombro.) ¿Usted?

Pedro (Sonriendo fatuamente.) Sí; yo, señora... (Haciendo una señal de inteligencia.) Veo que es usted buena fisonomista... sentiría molestar... pero...

Alina (Cada vez más nerviosa.) Vete, Marichu. El señor es conocido...

Mar. (Desconfiada.) ¿Aviso al señorito?... (Pedro deja el gaban y el sombrero sobre una silla, cerca de la puerta.)

Alina No; no hace falta. Yo le avisaré... Vete.

Mar. Bien, señorita. (Sale despacio, segunda derecha, volviendo la cabeza, intrigada.)

ESCENA IX

ALINA y PEDRO

PEDRO (Corriendo hacia Alina y queriendo asirla de las manos.) ¡Alina mía!

ALINA (Rechazándole brusca y severa.) ¡Quieto! No se acerque usted. ¿Qué significa esto?

PEDRO (Azorado.) «¿Usted?» ¿Por qué me recibes así? Es que no podía acostarme sin verte una vez más.

ALINA (Cada vez mas despreciativa.) ¡Pero esto es una locura, una audacia infame!... Comprometerme de este modo, inútilmente... (Mira asustada hacia la escalera. Bajando la voz, como hablando consigo misma.) ¡Y ahora!... ¡Precisamente ahora... (Con brusca transición.) ¿qué pretexto, qué maldad ha inventado para entrar aquí? Esta casa debía serle sagrada.

PEDRO (Sonriendo.) ¿Pretexto?... Verás. (Se dirige hacia la silla donde ha dejado el gaban y el sombrero.)

ALINA (Deteniéndole.) No hace falta. No quiero saber nada. El tiempo urge. Eduardo puede bajar de un momento á otro y es preciso acabar de una vez.

PEDRO (Estupefacto.) ¿Acabar?

ALINA (Febril, mordiéndose las palabras.) ¡Oh! Sí. Nuestra falta, aquella vergüenza mía, ha sido un sueño, un mal sueño que debemos olvidar. Entre nosotros no puede haber ya nada. Tenga usted la lealtad, la caballerosidad de olvidarlo y váyase: despidámonos para siempre. Usted no me ha querido nunca. (Él protesta.) No, es inútil que siga mintiendo. Usted no me ha querido nunca, y lo que es peor, yo á usted tampoco. Capricho en usted, ofuscación en mí; pero ya ha pasado, debe pasar. ¡Váyase! ¡Váyase! Se lo suplico... ¡Se lo suplico!

PEDRO Pero, ¿por qué? Esto no puede terminar así; ¿y nuestro amor, nuestro amor que empezaba ahora?

ALINA (Tapándose la cara con las manos.) ¡Calle usted! ¡Calle usted! No manche, no destruya la obra de bondad... Esta desesperación mía, de ahora, de sabe Dios cuánto tiempo, es preferible á volver á la antigua infamia... *Aquello* ha muerto; quedó allí, en la casa maldita. Aquí me esperaba la paz, el buen amor que ha de redimirme y salvarme... Váyase, Pedro, se lo ruego... Para usted, esto no significa más que una pequeña renuncia de la vanidad; para mí es algo más grande, más supremo...

PEDRO (Cogiéndole fuertemente de la muñeca.) No; has de explicarme antes, ¿lo oyes? has de explicarme la razón de este cambio tan brusco.

ALINA (Forcejeando por desasirse.) Pues bien... (Se suelta. Mirándole cara á cara, escupiéndole las palabras.) Es que yo, la indigna, la cobarde, he comprendido esta noche que no podré querer nunca, que le quiero con toda mi alma, más que á él.

PEDRO (Conteniendo la risa.) ¿A quién? ¿A tu marido?

ALINA (Bajando la cabeza. Casi como un murmullo.) Sí...

PEDRO (Soltando una carcajada.) ¡Ja, ja! ¡Qué ridiculez! (Al oir esta risa Eduardo abre la puerta y va á bajar; pero le detienen las palabras de Alina. Así, escuchando, permanece en lo alto de la escalera durante el resto de la escena. El actor debe expresar, silenciosamente, los distintos estados de ánimo porque va pasando su espíritu hasta que se decide á bajar.)

ALINA ¡Acabemos! Eduardo puede bajar y...

PEDRO (Risueño, muy tranquilo.) No te importe. Traigo bien preparada la disculpa... (Se dirige á la la silla y levantando el gabán, saca de debajo de él la bolsa de viaje de Alina) Mira.

ALINA (Cogiéndole ansiosamente.) ¡Mi neceser!

PEDRO Sí, lo oculté dos estaciones antes, pensando que podría servirme para entrar esta misma noche en tu casa. Nada más natural que tu compañero de viaje, al comprender la intranquilidad conque estarías, procurase averiguar tus señas y se apresurara á traértelo. De este modo, el marido, no podía sospechar nada y yo te vería una vez más.

ALINA (Despreciativa.) Y yo... (Eduardo baja lentamente la escalera, procurando hacer ruido. Alina y Pedro vuelven asustados la cabeza. Ella quiere disimular aún.) ¡Eduardo!... ¿No sabes? Este caballero...

PEDRO (Inclinándose.) ¿El señor Almenara?...

EDU. (Muy pálido, aplanado de dolor; pero resuelto á todo.) Es inútil; no se molesten ustedes... Hace un rato que estoy oyéndoles. (Pausa terrible, angustiosa.)

ESCENA ULTIMA

ALINA, PEDRO y EDUARDO

Eduardo se deja caer en el butacón de cuero. Alina, de bruces sobre la mesa, solloza de angustia y de terror. Pedro, muy pálido, pero siempre altivo y cínico, permanece de pie, acechando el ataque en la actitud de Eduardo

EDU. (Habla lento, muy amargamente; con la serenidad de los fuertes ante lo inevitable.) Mal has hecho, Alina, en engañarme. Tú sabes que siempre dejé en libertad tu alma, rogándote como único favor de sinceridad, el que, franca, lealmente, me dijeses que ya no me querías cuando tal desgracia sucediera... Nunca he creído que el amor sea eterno y que se puedan condenar á eterna esclavitud los corazones, en nombre de un egoísmo cruel y estúpido. (Pausa. Alina sigue sollozando. Pedro inclina instintivamente la cabeza sobre el pecho.) Pero ¡en fin! Lo cierto, lo irremediable, es que llegó el derrumbamiento... ¡Y cuando menos lo esperaba!... Ahora tengamos todos la fortaleza de afrontar el porvenir cara á cara. (Con infinita amargura.) Espero que esta noche misma saldrán ustedes de esta casa á la cual no les puede ligar nada. La felicidad es siempre egoísta. Unicamente el dolor, este dolor mío, tan inmenso, sabrá sacrificarse. (A Pedro, endureciendo la voz.) Usted debe hacerla feliz. Tiene la obligación de ello. (Levantándose.) Ignoro lo que usted pensará

de mí en estos momentos; pero si es hombre, plenamente hombre, se guardará muy mucho de juzgar cobardía lo que es tan alta grandeza, tan orgullosa altivez, que únicamente estando loco de bondad puede concebirse. (Pausa. Alina sigue sollozando. Pedro no sabe qué decir. Eduardo vuelve á dejarse caer en el sillón.) Mañana te enviaré por escrito la ratificación de cuanto estoy diciendo; estableceré de un modo más claro nuestra vida futura... Ahora no puedo... no podemos.. (Pausa.) Yo te ruego, les exijo á ustedes que se vayan... que me dejen solo... (Muy bajo.) No puedo más... (Pausa.)

PEDRO (Después de dudar un momento. Comprende que debe tomar una resolución, y avanzando hasta Alina, le pone una mano en el hombro.) Alina...

ALINA (Irguiéndose desesperada, descompuesta.) ¡No me toque usted!... ¿Con qué derecho?... Entre nosotros no hay nada común, ¿lo oye usted? le desprecio, le odio... Sé que mi vida está rota; sé que debo salir de esta casa... (Eduardo se pone en pie, convulso, atónito.) Pero sola; sola hacia mi castigo; no en busca del amor, porque todo el amor de mi alma... (Enterneciéndose.) quedará aquí, sin que yo vuelva á cometer la villanía de buscarlo por segunda vez... ¡Oh! ¡Cuánta amargura, cuánta desesperación me ha traído aquella ignorancia mía!... (Pedro va retrocediendo hacia la puerta, instintivamente. Eduardo, clavadas las uñas en la mesa, mira con profunda ansiedad á Alina, bebiendo con los ojos sus palabras.) ¡Salga usted! ¡Salga usted! Como un ladrón que ha sido... Luego me iré yo... pero antes... (Volviéndose á Eduardo, temblorosa, ahogada por las lágrimas.) antes, Eduardo, Eduardo de mi alma... quiero que sepas por última vez—¡te lo juro por esta noche inolvidable!—que sólo á tí te quiero, que nunca, nunca, nunca, he sido más que tuya; que te venero como á un Dios; que soy tuya... (Cayendo de rodillas y de bruces sobre uno de los brazos del sillón. Ya loca, sin poder decir más que una sola frase) ¡Tuya!

¡Tuya! Tuya... Tuya... tuya... (Pedro llega hasta la puerta y desaparece sin que ni ella ni Eduardo se enteren.)

EDU. (Corriendo hacia Alina y levantándola en sus brazos.) Ahora, ahora que sé que tu felicidad está en mí y no en él como yo creía, ahora es cuando te defenderé, cuando he de matarle... (Volviéndose rápidamente ve que Pedro ha desaparecido.) ¡Oh! ¡El cobarde! ¡Ha huido!... (Corriendo hacia la puerta.) ¡Espera! ¡Espera!...

ALINA (Sujetándole; luchando con él con todas sus fuerzas.) ¡Eduardo! ¡Eduardo mío!... ¡¡Ginio!! ¡¡Marichu!! ¡Venid!

TELÓN RÁPIDO

Obras de José Francés

TEATRO

Guignol, teatro para leer.
Cuando las hojas caen... paso de comedia.
Mas allá del honor, comedia dramática.

NOVELAS

Dos cegueras. (Agotada.)
Abrazo mortal. (Tercera edición.)
El alma viajera. (Segunda edición.)
Mientras las horas duermen...
El alma cansada.
Miedo.

Precio: UNA peseta